



CONFERENCIA MUNDIAL SOBRE MISIÓN Y EVANGELIZACIÓN

VEN, ESPÍRITU SANTO, SANA Y RECONCILIA

Llamados en Cristo a ser comunidades de
reconciliación y de sanación

Traducción del inglés
Servicio Lingüístico, CMI

Atenas (Grecia), 9-16 de mayo de 2005

PLEN 14 de mayo

No difundir antes de su presentación en la sesión plenaria

Documento No **1**

LA RECONCILIACIÓN COMO NUEVO PARADIGMA DE LA MISIÓN

Robert Schreiter, C.P.P.S.

Unión Teológica Católica, Chicago, Estados Unidos de América

La aparición de la reconciliación en el debate sobre misión.

Durante el pasado siglo ha habido referencias y ecos del tema de la reconciliación en el debate teológico sobre misión, pero solo en los últimos quince años se ha planteado como manera importante de hablar sobre misión cristiana. En 1992, la obra magistral de David Bosch, *Transforming Mission*, no la menciona. El reciente libro de Stephen Bevans y Roger Schroeder, *Constants in Context* publicado en 2004, contiene en cambio múltiples referencias a la reconciliación. ¿Qué ha sucedido?

Ha sido la experiencia de tratar de enfrentarse con un pasado violento, la necesidad de poner fin a la hostilidad y el largo trabajo de reconstrucción de sociedades rotas lo que ha hecho poner la reconciliación en el primer plano de la atención de mucha gente, especialmente de quienes se interesan por el trabajo de la Iglesia. El hecho de que muchas conferencias recientes sobre misión hayan planteado este tema, y de que éste figure en el título y en los documentos preparatorios de esta Conferencia, es revelador del camino recorrido.

En esta comunicación, quisiera considerar de qué manera la reconciliación podría verse como un paradigma o modelo de misión. Empiezo por considerar cómo podemos ver que la idea de reconciliación nos revela el corazón del Evangelio. Después me referiré a cómo se entiende hoy la reconciliación, al mismo tiempo como un *proceso* para emprender la misión y como el *objetivo* de la misión.

Reconciliación: El corazón del Evangelio

Aunque la palabra “reconciliación” no aparece como tal en las Escrituras Hebreas, y solo catorce veces en el Nuevo Testamento, la Biblia está repleta de historias de reconciliación, desde las historias de Esaú y Jacob, y José y sus hermanos, hasta las parábolas de Jesús, especialmente la del hijo pródigo. Estas

historias nos presentan la lucha que tiene lugar cuando se trata de alcanzar la reconciliación. Muchas de ellas terminan antes de que se alcance de hecho la reconciliación, lo cual refleja en gran parte nuestra propia experiencia.

Es el Apóstol Pablo quien especialmente nos explica el concepto cristiano de reconciliación. Para Pablo, Dios es el autor de la reconciliación: de esto no tiene duda. Nosotros no hacemos sino participar en lo que Dios realiza en nuestro mundo. Se pueden discernir tres procesos de reconciliación promovidos por Dios. En el Dios reconcilia a una humanidad pecadora con Dios mismo. Esto se expone especialmente en la Epístola de Pablo a los Romanos (5:1-11), en la que Pablo describe la paz que ahora tenemos con Dios, quien ha derramado amor en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo que se nos ha dado. Hemos sido reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo, Jesucristo. Es por Cristo como hemos recibido ahora la reconciliación. Este acto de Dios reconciliándonos, rescatándonos de nuestro pecado, es llamado a veces *reconciliación vertical*. En cuanto tal, es la base de todas las demás formas de reconciliación cristiana. Es también central en la experiencia de Cristo del propio Pablo, que habiendo sido un perseguidor de la Iglesia se convirtió, “en tiempo oportuno”, en apóstol de Jesucristo.

El segundo tipo de reconciliación de que habla Pablo tiene lugar entre seres humanos individuales y grupos sociales. El ejemplo sobresaliente de esta categoría es la reconciliación entre judíos y gentiles. Aquí, la descripción de cómo se realiza esta reconciliación por la sangre de Cristo se presenta en Efesios 2:12-20: los gentiles, sin esperanza ni promesa, reciben juntamente la vida en Cristo, que ha derribado el muro de hostilidad que los dividía, y los ha hecho conciudadanos en la familia de Dios. Esta segunda clase de reconciliación se conoce a veces como *reconciliación horizontal*.

La tercera clase de reconciliación sitúa la obra de Dios por medio de Cristo en el contexto del conjunto de la creación. En los himnos iniciales de las Epístolas a los Efesios y a los Colosenses, se ve a Dios como reconciliador en Cristo de todas las cosas y todas las personas, las que están en los cielos y las que están en la tierra (Ef 1:10), haciendo que la paz reine en toda la creación por la sangre de la cruz de Cristo (Col 1:20). Esta clase de reconciliación suele llamarse *reconciliación cósmica*, y representa la plenitud del plan de Dios para la creación, que ha de realizarse al final de los tiempos.

Pablo ve a la Iglesia como participante en la obra de reconciliación de Dios mediante un ministerio de reconciliación, que Pablo presenta sucintamente en 2 Corintios 5:17-20:

Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo, y nos confió el ministerio de la reconciliación; porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡Reconciliaos con Dios! (Biblia de Jerusalén)

Es la reconciliación vertical la que hace posibles las dimensiones horizontal y cósmica. En este marco de reconciliación vertical, horizontal y cósmica es como debemos ver la misión cristiana. Esta misión hunde sus raíces en la *missio dei*, la actuación de la Santa Trinidad en los actos de creación, encarnación, redención y consumación. Por el Hijo, Dios ha llevado la reconciliación al mundo, venciendo al pecado, a la desobediencia y a la alienación que nosotros hemos causado. Cristo nos reúne con Dios por su muerte salvadora, que Dios confirma en la resurrección y la revelación de vida transfigurada. El Espíritu Santo capacita a la Iglesia para participar en este ministerio del Hijo y el Espíritu reconciliando el mundo. La propia Iglesia tiene necesidad de constante reconciliación, pero ella es el vehículo por el que la gracia salvífica de Dios viene a un mundo roto y desalentado.

Podría resumirse esta comprensión bíblica de la reconciliación en cinco breves epígrafes:

1. Dios es el autor de toda auténtica reconciliación. Nosotros no hacemos sino participar en la obra reconciliadora de Dios. Somos, con palabras de Pablo, “embajadores de Cristo” (2 Cor 5:20).
2. El primer objetivo de Dios en el proceso de reconciliación es la sanación de las víctimas. Esto se deduce de dos experiencias: el Dios de los grandes profetas en las Escrituras hebreas y el Dios de Jesucristo presta especial atención a los pobres y los oprimidos. Segundo, muy a menudo los pecadores no se arrepienten, y la sanación de la víctima no puede ser rehén de pecadores no arrepentidos.
3. En la reconciliación, Dios hace tanto de la víctima como del pecador una “nueva creación” (2 Cor 5:17). Esto significa dos cosas. Ante todo, cuando el pecado es grave no es posible volver a la situación anterior al pecado; tal cosa sería trivializar la gravedad de lo que se ha hecho. Solo podemos avanzar hacia un nuevo lugar. Además, Dios quiere tanto la sanación de la víctima como el arrepentimiento del pecador. Ni uno ni otro han de ser aniquilados; ambos han de ser llevados a un nuevo lugar, a una nueva creación.
4. Los cristianos encuentran un camino para salir de su sufrimiento colocándolo en el sufrimiento, la muerte y la resurrección de Cristo. Es esta modelación de nuestro sufrimiento en el de Cristo la que nos ayuda a escapar de su poder destructivo. También engendra en nosotros la esperanza.
5. La reconciliación solo será completa cuando todas las cosas sean reunidas en Cristo (Ef 1:10). Hasta entonces experimentamos solo una reconciliación parcial, pero vivimos en la esperanza.

El ministerio de la reconciliación como proceso

¿Cómo participa la Iglesia en esta reconciliación? ¿Qué forma concreta adopta? El interés general en el mundo de hoy por la reconciliación –que está lejos de ser tan solo una preocupación cristiana– hace que a menudo no sea claro el lenguaje de la reconciliación. A veces ha sido manipulado y distorsionado para servir a otros fines. Como cristianos, debemos expresar con la mayor claridad posible lo que es para nosotros la reconciliación y cómo entendemos el ministerio de reconciliación.

Empezaré diciendo que la reconciliación es al mismo tiempo un *proceso* y un *objetivo*. Es tanto una labor en marcha en la que participamos como un punto final al que esperamos llegar. Veámosla primero como proceso. Me referiré aquí a la dimensión horizontal o social de la reconciliación. La Iglesia participa en la dimensión vertical mediante sus sacramentos, y asimismo en la dimensión cósmica, con su liturgia y su preocupación por toda la creación. Ambas constituyen parte de la reconciliación como modelo de misión. Pero como la reflexión sobre la dimensión horizontal es más reciente y nueva para muchos, le dedicaré aquí más tiempo.

Participar en la dimensión social de la reconciliación es participar en la acción sanadora de Dios respecto a las sociedades que han sido gravemente heridas y deshechas por la opresión, la injusticia, la discriminación, la guerra y la destrucción desenfrenada. Esta sanación empieza por *decir la verdad*, la ruptura de los códigos de silencio que ocultan el pecado contra los miembros pobres y vulnerables de la sociedad. Decir la verdad significa también superar y corregir las mentiras y distorsiones con que se avergüenza inmerecidamente a los inocentes y se aísla a las personas unas de otras para ejercer la hegemonía sobre la sociedad. La proclamación de la verdad tiene que ser un esfuerzo constante por decir toda la verdad, tanto sobre las víctimas como sobre los pecadores. La proclamación de la verdad como práctica en este sentido debe presentar cuatro aspectos: debe ser una verdad que resuene con mi experiencia de los hechos, debe decirse en un lenguaje comprensible para mí, debe ser conforme a mi entendimiento de la autenticidad, y debe venir de alguien en quien yo pueda confiar.

Para un cristiano, decir la verdad es más que relatar los hechos de manera creíble. Está en juego también Dios, que es el autor de toda verdad. Verdad en su sentido hebreo (*'emet*) es parte de la naturaleza de Dios: es fiable, es perdurable, es firme y es fiel. El decir la verdad a este nivel profundo, teológico, está en la base de la sanación de una sociedad deshecha. Lo que esto significa en la práctica es que la Iglesia debe esforzarse por crear espacios seguros, hospitalarios, donde la verdad pueda decirse y escucharse, donde pueda romperse el silencio, donde las mentiras perniciosas puedan deshacerse y superarse.

Con la verdad viene la busca de la *justicia*. Buscar la justicia sin esforzarse por establecer la verdad es correr el riesgo de incurrir en la venganza en lugar de la verdadera justicia. La lucha por la justicia (y es una lucha; el pecado no cede fácilmente) tiene muchos aspectos. Consta de la *justicia punitiva*, que castiga a los infractores de manera legal para indicar que una sociedad renovada reconoce el mal que se ha hecho y no lo tolerará en el futuro. Segundo, supone la *justicia reparadora* que restaura la dignidad y los derechos de la víctima. Tercero, requiere la *justicia distributiva*, ya que el despojo injusto de los bienes de la víctima hace casi imposible la sanación y la creación de una sociedad justa. Por último, requiere la *justicia estructural*, es decir, la reestructuración de las instituciones y los procesos de la sociedad de manera que la acción justa sea parte de la sociedad reconstruida. La reasignación de recursos, la equidad en los derechos humanos, el acceso garantizado a los servicios de salud, la vivienda, la alimentación, la educación y el empleo son partes del proceso de creación de una sociedad justa.

Un tercer aspecto de la reconciliación como proceso es la *reconstrucción de las relaciones*. Sin relaciones de equidad y confianza, una sociedad recae rápidamente en la violencia. El trabajo sobre esas relaciones tiene que hacerse en muchos niveles. Para las víctimas, supone la *sanación de memorias* para no quedar presas o rehenes del pasado. Se trata de superar la toxina que contienen las memorias de violencia, opresión y marginación. Supone *arrepentimiento y conversión* por parte de quienes han causado el mal, reconocimiento del pecado y pasos de aproximación a la víctima para pedir perdón y ofrecer reparación. Significa emprender el difícil viaje hacia el *perdón*. Aquí el proceso de reconstrucción de las relaciones es objeto a menudo de un cortocircuito. Se concede una amnistía o se otorga la impunidad a los culpables incluso antes de que las víctimas hayan podido hablar. Se echa sobre el pasado un velo de olvido deliberado. Perdonar no significa olvidar, sino recordar de manera diferente, de una manera que elimine la toxina de la experiencia de la víctima y cree el espacio para el arrepentimiento y contrición del pecador. Perdonar significa recordar el pasado, pero recordarlo de manera que haga posible un tipo diferente de futuro tanto para la víctima como para el pecador.

La reconciliación como objetivo

Decir la verdad, luchar por la justicia, trabajar por el perdón: estas son las tres dimensiones centrales del proceso social de reconciliación. En todas las situaciones que yo conozco, nunca se emprenden en un campo de juego nivelado; las consecuencias de la opresión, la violencia y la guerra no predisponen a la sinceridad, la justicia ni las buenas intenciones en todas las partes. Tampoco los procesos, en su mayor parte, discurren con orden. Y nunca parecen ser completos. En efecto, solemos experimentarlos como truncados, prematuramente abortados, secuestrados por los poderosos. ¿Qué hemos de hacer?

Esto me lleva a la otra manera de entender la reconciliación, es decir la reconciliación como objetivo. El discurso de la reconciliación a menudo salta con demasiada facilidad del final de la violencia declarada a una paz imaginada. Elude el proceso confuso y dilatado de decir la verdad, buscar la justicia, trabajar por el perdón. Confiamos en que la paz se instaurará y florecerá tras largos períodos de guerra. Confiamos en que la democracia se levantará, como el ave fénix, de las cenizas de la dictadura y

del gobierno autoritario. Pero no ocurre así. Podemos vernos aceptando medias medidas, medias verdades, soluciones de compromiso.

Es importante no confundir la reconciliación como proceso con la reconciliación como objetivo. Para permanecer en el proceso, debemos poner nuestros ojos en el objetivo. Para los cristianos, es Dios quien opera la reconciliación; nosotros no somos sino agentes del proceso, que participamos en lo que Dios está haciendo. Dios es nuestra fuerza; Dios es nuestra esperanza. Es Dios quien realiza la obra. Aquí percibimos la diferencia entre optimismo y esperanza. Optimismo es el sentimiento que brota de la confianza en nuestros propios recursos y capacidades. Sale de nosotros. La enormidad del mal y el pecado con que nos enfrentamos en la guerra prolongada y la opresión excede ampliamente lo que somos capaces de realizar. La esperanza, en cambio, viene de Dios. Dios tira de nosotros, como hizo con Abraham y Sara. Vivimos en la fe, garantía de lo que se espera (cf. Heb 11:1). Con nuestra mirada fija en Dios y en las promesas de Dios, podemos mantener la fuerza del corazón, de la mente y de la voluntad para continuar nuestra participación en lo que Dios está haciendo para el mundo.

La Iglesia: una comunidad de memoria y de esperanza

Entonces, ¿dónde se sitúa la Iglesia? Su participación en la *missio dei*, entendida aquí como la obra de Dios por la que reconcilia al mundo con Dios mismo, se caracteriza en especial por tres cosas. El ministerio de la reconciliación hace de la Iglesia, ante todo, una comunidad de memoria y, en segundo lugar, una comunidad de esperanza. Su misión, en la palabra y en el acto, del mensaje de reconciliación hace posible lo que es tal vez para muchos la más intensa experiencia posible de Dios en nuestro mundo agitado y destrozado.

La Iglesia es ante todo una comunidad de memoria. No incurre en el olvido propiciado por los poderosos respecto a los vulnerables y los pobres: olvidar sus sufrimientos, borrar sus memorias de lo que se les ha hecho, actuar como si nunca se haya cometido una mala acción. La Iglesia como comunidad de memoria crea los espacios seguros en que se puede hablar alto de las memorias, y empezar el difícil y largo proceso de superar la legítima ira que, si se deja sofocada, puede envenenar todas las posibilidades de futuro. En espacios seguros, la confianza que ha sido disuelta, la dignidad que ha sido negada y arrebatada, tienen posibilidades de renacer. Una comunidad de memoria cuida también de la memoria fiel, frente a las mentiras distorsionadoras que sirven los intereses del malvado a expensas de la víctima. Una comunidad de memoria mantiene la atención de la memoria cuando persigue la justicia en todas sus dimensiones: punitiva, reparadora, distributiva, estructural. No perseguir la justicia ni luchar por ella hace que suene falsa la voz de la verdad y que sean estériles los espacios de seguridad creados. Una comunidad de memoria se preocupa también por el futuro de la memoria, es decir, las perspectivas de perdón y lo que hay más allá. El difícil ministerio de la memoria, si así puede llamarse, es posible porque se apoya en la memoria de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo: el que no conoció pecado y fue hecho pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él (cf. 2 Cor 5:21).

Vivir en la memoria de lo que Cristo ha atravesado –sufrimiento y muerte, pero no olvidado sino elevado por Dios– es la fuente de nuestra esperanza. La esperanza nos permite mantener viva la visión de un mundo reconciliado, no de una fácil manera utópica, sino arraigada en la memoria de lo que Dios ha hecho en Jesucristo. Pablo lo expresa bien en otro pasaje de la segunda epístola a los Corintios:

Pero llevamos este tesoro en vasos de barro, para que aparezca que la extraordinaria grandeza del poder es de Dios y que no viene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados; llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes

el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo (2 Cor 4:7-10).

La reconciliación pertenece a Dios; no a nosotros. Pese a todo lo que padecemos, no nos descorazonamos, porque llevamos la muerte de Jesús en nuestros cuerpos, para que en nosotros su vida sea visible. Esta es la vocación de la Iglesia, su llamada al ministerio de reconciliación, su proclamación de la muerte y resurrección de Cristo en el cuerpo mismo de la Iglesia. Si así lo predicamos con nuestros cuerpos, la obra reconciliadora de Dios puede darse a conocer a un mundo deshecho. La misión, como nuestros hermanos y hermanas ortodoxos tan oportunamente nos han recordado, es la liturgia después de la liturgia. Nuestra acción no es tan solo acción política o acción por la justicia (aunque también es todo eso). Es participación en algo mucho mayor que nosotros mismos: la obra del Dios uno y trino que opera la sanación del mundo.